

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL



DOSSIER
CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes



Dossier

CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes

Contar vidas desplazadas <i>Equipo ViDes</i>	231-237
“Uruguay está salado”. Fluires estancados, entre ollas populares y situaciones de calle <i>Gabriel Gatti, María Martínez, Natalia Montealegre, Marcelo Rossal</i>	239-261
Los campamentos y la quietud de las visas en tránsito <i>Ignacio Irazuzta, Daniela Rea</i>	263-288
Miradas al mar de plástico: cuidados y descuidos en Campos de Níjar <i>Maria Teresa Martin Palomo, Jennifer Abril Rojas Ángel</i>	291-323
La crónica sociológica como estrategia narrativa para contar las vidas difíciles de contar <i>Mariana Norandi</i>	325-354
Oncotransitos. Cáncer y movimiento migratorio en el Sistema Nacional de Salud <i>Álvaro Villar Baile</i>	355-378
Retratos de exclusión. La experiencia de dos ancianas migrantes en una residencia española <i>Iñaki Rubio Mengual</i>	379-394
17 de abril, jornada rara: Entre tránsitos y especulaciones, ¿pura fabulación? <i>Gabriel Gatti, Carolina Kobelinsky</i>	397-414
La escritura sociológica en cuestión. Entrevista a Gabriel Gatti <i>Jaume Peris Blanes</i>	415-427



RETRATOS DE EXCLUSIÓN.

LA EXPERIENCIA DE DOS ANCIANAS MIGRANTES EN UNA RESIDENCIA ESPAÑOLA

Portraits of exclusion. The experience of two elderly migrant women in a Spanish nursing home

IÑAKI RUBIO MENGUAL

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO / EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA (ESPAÑA)

Email: i.rubio96@hotmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4575-3180>

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.25.29512>

ISSN: 2340-1869

RECIBIDO: 24 de septiembre de 2024

ACEPTADO: 16 de abril de 2025

RESUMEN: En el presente artículo propongo reflexionar sobre las vivencias de dos ancianas migrantes que, tras finalizar la etapa labora en España, se quedaron aisladas por la falta de vínculos sociales y finalmente son ingresados en residencias. Ante estas circunstancias, el recorrido biográfico no constituye un mero trasfondo narrativo, sino que condiciona su día a día en el seno de una institución de cuidados. Las miserias del tránsito migratorio, las personas que han perdido por el camino, y el trauma de conflictos lejanos anclados en la memoria cobran tintes de relaciones íntimas, que se viven en el presente y llenan el hueco que deja su separación del mundo y la cultura en la que crecieron. A través del relato etnográfico de dos personas migrantes de distintos orígenes recogido en una etnografía, trataré de articular un trazado que dé cuenta de cómo el pasado proceso migratorio acompaña a los residentes en el lugar que habitarán previsiblemente hasta el final.

PALABRAS CLAVE: Biografía, vida, relato, soledad.

ABSTRACT: In this paper I propose to reflect on the experiences of elderly migrants who, after finishing their working life in Spain, become isolated due to the lack of social ties and are finally admitted to residential care homes. In these circumstances, the biographical journey is not merely a narrative background, but conditions their day-to-day life in a care institution. The miseries of migratory transit, the people they have lost along the way, and the trauma of distant conflicts anchored in memory take on the tinge of intimate relationships, which are lived in the present and fill the gap left by their separation from the world and culture in which they grew up. Through the ethnographic account of two migrants of different origins collected in an ethnography, I will try to articulate a trace that gives an account of how the past migratory process accompanies the residents in the place they will foreseeably inhabit until the end.

KEYWORDS: Biography, Life, Story, Loneliness.

INTRODUCCIÓN¹

En la novela póstuma *Paisajes desde el asilo* (2020), el médico argentino Hugo Abbati cuenta la historia de un escritor desconocido que pasa sus últimos días en un asilo para ancianos y ancianas. El protagonista, cuyo nombre queda oculto tras las formas propias de la narración en primera persona, relata cómo es su vida y la de sus compañeros entre las paredes de la institución que les da cobijo. El hilo argumental se teje alrededor de un acontecimiento extraordinario; el director del centro propone organizar una representación teatral sobre la obra más laureada de B. Wayne, un autor con éxito relativo durante su época pero que, por lo demás, tampoco es demasiado recordado. Mientras se llevan a cabo los preparativos necesarios para diseñar un escenario, fijar el atrezzo, elegir a los actores y redactar el guion, el escritor se detiene a mostrarnos el día a día de la institución y las personas que la habitan. Un atropellado relato muestra toda una serie de actividades que marcan lo cotidiano allí. Por un lado, el vaivén firme del personal que normalmente antecede al transcurso de las comidas y los aseos. Por otro lado, las visitas dominicales de algunos amigos y familiares que irrumpen en el gran salón, alborotando con su presencia la tranquilidad del lugar. Y también, cómo no, las esperas que son llenadas por los residentes con extensas narraciones biográficas que resucitan para justificar su carácter, los deseos que les empujan y los males que les afligen. Deslizándose la atención sobre las texturas que toma lo rutinario allí, el autor-escritor va dibujando el paisaje que reúne en su seno trayectorias muy diversas, desde empresarios enfermos que se trasladaron para ser asistidos con más atención, hasta vagabundos que fueron internados cuando los servicios sociales los detectaron merodeando por las calles. Deteniéndose en la historia particular de cada uno, el escritor acaba interrogándose sobre cómo allí se han acabado conjugando tan extrañas formas de existencia compartida.

Con ocasión de una misiva redactada en respuesta a unos siniestros personajes que querían visitar el asilo para adjudicar fondos a la representación teatral, el escritor se ve forzado a explicar, desde un enfoque mucho más analítico que el habitual, en qué consiste exactamente el lugar que él y sus semejantes habitan. Cuando el asilo pasa de un dado por supuesto al objeto mismo de la escritura, el bolígrafo se encasquilla con frases inacabadas, se le traban las palabras, y no alcanza a describir el espacio y su sentido con el mínimo de coherencia que su disciplina

¹ El presente artículo se apoya en las reflexiones colectivas llevadas a cabo en el marco proyecto de investigación *Vidas Descontadas. Refugios para habitar la desaparición social* (PID2020-113183GB-I00). A su vez, ha sido desarrollado con la financiación del programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

exige. Discute con los demás, también con el director, y surgen más dudas y aportes delirantes que respuestas razonables. Ante estas circunstancias, decide entonces aplicar otro método, buscando comparaciones y distancias, apostando por divagar sobre lo que podría ser un asilo, pero no es. Piensa que quizás así, agotando opciones opuestas, conseguirá acercarse conceptualmente al techo que le da cobijo. Batallando con los allí presentes, que querían aportar sus propias ideas, comienza diciendo que en su opinión un asilo de ancianos no es una madre, ni un padre. Aunque podría serlo, añade. No es un hogar, pero tampoco un mero lugar de paso, ni mucho menos un palacio o un bosque, a pesar de que su descuidado jardín se le asemeje. Tras una retahíla extensa de comparaciones, extenuado por las horas dedicadas a este empeño y la constante pelea con los demás, desiste en la reflexión y vuelve al punto de inicio:

Un asilo es lo que es, y como no hay dos asilos iguales, darle un nombre es rebajar la entidad que tiene en nuestras vidas que ahora, vistas desde estas instalaciones, adquieren un color púrpura u otro de efecto similar, de cosa vivida y no, desechada y no, repudiada y no, deseada y no, etcétera. (Abbati, 2020, p.218).

La idea de “migrante” suena alejada de lo que alguien esperaría encontrar en una residencia de ancianos y ancianas valenciana. Tal vez porque para el grueso de residentes la migración es algo que remonta demasiado tiempo atrás, a los años de postguerra. A los exilios, a las temporadas de vendimia en Francia, a las colonias *pied-noir* en los campos de Argelia, a las labores de las criadas en las casas de señoritos o a las fábricas de costureras en Alemania. Para la mayoría ancianas y ancianos, el retorno sucedido décadas atrás desliza la experiencia de la migración al eco lejano de la cosas vividas. Normalmente en la memoria personal, a los lazos que algunos de ellos formaron entonces y, en ocasiones, en el periódico recuerdo objetivado en forma de pensión complementaria, en reconocimiento a su labor. Sin embargo, recientemente estas instituciones están comenzando a internar otros perfiles de residente cuya migración no vino cerrada por un retorno. En este caso, hablo de dos personas que llegaron años atrás a vivir a España a través de recorridos distintos, uno que coincidió con una trayectoria laboral transnacional y ciertas expectativas de una vida mejor que se vieron colmadas, y otro que surgió como resultado de la huida de situaciones precarias que desde el principio escribió una biografía marcadas por el dolor.

Una vez llegadas, el paso del tiempo y sus consecuencias situaron a ambas personas frente al ingreso en una residencia de ancianos y ancianas pública por la vía de la asistencia social, a través del llamado procedimiento de urgencia a razón de

exclusión social severa. Un mecanismo que se aplica en aquellos casos a los que se asocia un riesgo inminente para la vida, sea por la aparición de alguna enfermedad grave que los vuelve dependientes de cuidados continuados; por situaciones de pobreza y marginalidad que los expone al sinhogarismo; o por una combinación de ambas cosas². Siguiendo esta línea, la pregunta que vertebrará el artículo remite a cómo las condiciones de partida, las surgidas del tránsito migratorio y la pervivencia de ese proceso en el presente ha condicionado la concepción que dos residentes tienen sobre la institución que las protege. Y lo que supone, previsiblemente, acabar sus días allí, haciendo del tránsito un proceso que acompaña a la persona hasta el final. Para analizarlo, emplearé en las páginas que siguen una etnografía perfilada a través del método biográfico³ (Pujadas, 2002).

LA CANADIENSE

Elisabeth ingresó a finales de 2019, unos meses antes de la pandemia. Los otros residentes y las trabajadoras la apodaban “la canadiense”, apelativo que dejaba pocas dudas sobre su nacionalidad señalaba su nacionalidad en cada interacción. Las primeras notas que conservo sobre ella datan de mi primera semana allí. La conocí correteando por los rellanos, con un ritmo de paso poco usual entre esas paredes. Lo más llamativo era que para cambiar de piso usase las escaleras, algo nada común entre las personas residentes, por lo que al principio pensé que se trataba de una familiar, o tal vez alguna de las voluntarias extranjeras de la Iglesia Evangélica. Pero no llevaba ninguna tarjeta identificativa, y tampoco parecía buscar a nadie ni dirigirse a ningún sitio en particular. Llevaba el pelo tintado rubio, casi blanco, y rapado a máquina de 2mm. Usaba maquillaje, *stick* labial, gafas de sol, y unos exclamativos aros dorados de bisutería que combinaba con otros tantos piercings que colmaban sus orejas. A los pocos días supe que hasta poco antes de llegar allí, fue habitante de una de las muchas colonias de extranjeros -ingleses, franceses, suizos y

² Los Servicios Sociales definen el perfil de exclusión social severa como “persona mayor que por causas estructurales, se encuentra inmersa en un proceso de desventaja o vulnerabilidad social que genera una situación de desigualdad, pérdida de vínculos, desafiliación, precariedad creciente, así como dificultad de acceso a los sistemas de protección social y a los mecanismos necesarios para el logro del pleno desarrollo de su proyecto de vida” (Vicepresidencia Segunda y Conselleria de Servicios Sociales, 2023).

³ Estas páginas forman parte de una investigación más amplia que trata sobre los límites de la gestión de la vida en residencias de ancianos y ancianas, llevada a cabo a partir de una etnografía en profundidad en una de estas instituciones y entrevistas a residentes, personal y otros profesionales dentro y fuera de esta. Dicha investigación pasó revisión por parte del Comité de Ética de la Universidad del País Vasco. También antes de empezar el trabajo de campo, fue revisada y aprobada por el organismo público que gestiona la institución, así como la dirección de esta. Finalmente, la identidad de las personas que aquí figuran, así como aquellos datos unívocos que permitan identificarlas, han sido anonimizados.

alemanes fundamentalmente, ahora también ucranianos - que salpican las montañas y acantilados mediterráneos. Ese modo de vida le permitió servirse del inglés como lengua vehicular tras décadas por aquí. El castellano apenas lo chapurreaba para ordenar cosas esenciales o resumir frases más elaboradas.

Según recogió la administrativa, Elisabeth ingresó con lo puesto, acompañada por los Servicios Sociales locales. Más allá de lo preceptivo, hubo poco papeleo y escasa definición de su caso. Hasta donde se sabía, vivía sola en un chalet de cierto valor en una zona privilegiada de un municipio cercano, al que se aferraba pese a que hacía ya algún tiempo que el banco lo había embargado. Se encontraba en una falda montañosa, plagada por un vecindario disperso. Entre chalet y chalet, se intercalan masas forestales que, o bien se amontonan en riscos que en su momento no era rentable urbanizar, o bien surcan resecos y sucios barrancos de desagüe que en verano arrastran a su paso toda la virulencia torrencial de las lluvias. Horas cercanas a la noche, un vecino dio la voz de alarma al Consorcio de Bomberos, alertado por el olor a quemado y por el color plumizo que iba tomando el aire. Pronto se vieron las llamas dispersarse entre el arbolado usando el viento a su favor, hasta alcanzar algunas viviendas que se consumieron rápidamente, dejando el esqueleto arquitectónico al desnudo. Pese a la labor obcecada del camión, la bomba de agua y los trabajadores tratando de resguardar las zonas urbanizadas, solo pudieron apagar las cenizas y rellenar los partes necesarios, indicando ya que los cuatro pilares en pie de la casa de Elisabeth estaban dañados y aconsejando su derribo. Por suerte, la anciana y otros vecinos fueron desalojados a tiempo, por lo que no hubo pérdidas humanas. Los otros afectados fueron relocalizados en casas de familiares u hoteles, pero los bomberos no supieron qué hacer con aquella mujer con la que apenas podían comunicarse. Decidieron acudir a Cáritas, una organización del llamado tercer sector⁴ que, buscando alguna alternativa habitacional hasta que se aclarase su caso, la llevaron a un de piso tutelado bajo su gestión. Vivió durante un tiempo indeterminado en una situación cercana a la indigencia, hasta que los Servicios Sociales supieron de su caso y la llevaron a la residencia.

Salvo eso, que se supo por tratarse de los hechos anteriores al ingreso, poco dijo sobre su pasado. La administrativa recuerda que Elisabeth llegó a la residencia de la nada, como una peregrina desnortada: sin registros nacionales, ni siquiera de

⁴ En el tercer sector se incluyen iniciativas, asociaciones, fundaciones y organizaciones más o menos formalizadas -algunas de ellas de filiación religiosa- que ha ido apareciendo a lo largo de estos años y que se han hecho hueco entre la vieja beneficencia de la Iglesia Católica, la asistencia social pública y los vínculos de cercanía, consolidando lo que se conoce comúnmente como voluntariados. El desgarrar de los sentidos comunitarios y de cercanía que protegían a los individuos vulnerables deja paso a la aparición de otras formas de organización colectiva gestadas desde la sociedad civil, pero carentes a su vez del sentido político que antaño caracterizaba la cuestión social (Castel, 1997).

organismos sanitarios o asistenciales; nada más que los producidos unos días antes, tal vez porque no existían o tal vez porque se habían traspapelado de los archivos donde debía figurar el ya largo recorrido que su vida había recorrido (Biehl, 2005). El hecho de venir de un país “rico”, paradójicamente había supuesto que no contase con ningún tipo de censo ni informe, ni siquiera aquellos procesos de regularización que surgen del hecho de estar fuera de la categoría de ciudadanía (Fassin, 2003). Con barreras idiomáticas no resueltas y en un estado de conmoción evidente, se convirtió en un agente pasivo, ajeno al derrotero que tomaba su vida. Un caso que alimentaba una vez más la percepción de que en estas instituciones se da cabida a aquello que los Servicios Sociales no saben dónde colocar, lo que sobra en otros lugares. Y ante la falta de los soportes narrativos necesarios durante el ingreso, se pospuso para más adelante la tarea de poner orden a un relato arrasado por las llamas.

THE AMERICAN PUZZLE. FANTASMAS, EL PERIQUITO Y UNAS REVISTAS DE MODA.

Elisabeth se acomodó a la cotidianidad institucional sin llegar a dar cuenta de la historia que la había llevado allí, por qué no contaba con familia, entorno social, ni más insumos que los que llegaron con ella. La acuciante necesidad material del caso y el hecho de sobrepasar la franja de los 65 años fueron motivo suficiente para conseguir el ingreso y la subvención pública de su plaza, ingresando así una persona desconocida, cuyas costumbres, hábitos y aspiraciones difícilmente se podían adivinar. No fue hasta que surgieron problemas derivados de el mismo proceso de adaptación que la Canadiense comenzó a dejar rastros de la historia que la había llevado allí. Una que poco que ver con una biografía, si entendemos por ello una ilusión que toma forma de relato lineal y coherente que enlaza los orígenes, el itinerario que ha seguido y un proyecto de futuro (Bourdieu, 1997). Y es que los modos de referir su peculiar tránsito surgían con relación a asuntos aparentemente ordinarios que resolver en el presente. Quizás hubiese una cuestión cultural de trasfondo en su celo por mantener al margen su privacidad; temor a posibles consecuencias, una precaución excesiva, desconfianza, o las reservas que conlleva lo que Elisabeth Povinelli (2011) llama *quasi-events*: hechos ordinarios y que generalmente no suponen un distanciamiento de lo que, desde el sentido común, entendemos como un individuo integrado en los marcos de una sociedad. Sin embargo, sucedidos dentro de un itinerario particular, inician un lento declive de los vínculos que el individuo preservaba respecto a su mundo social (Moscoso y Ausín, 2021) y hacen que se cierre sobre sí mismo.

En el interior de una institución así resulta indispensable justificar aquellas necesidades que se escapan de las gestiones y cuidados corrientes, especialmente cuando la persona no conserva vínculos fuera de la residencia y depende de esta para satisfacerlas. Su vida estaba sujeta al aparato. De este modo, la trayectoria que había llevado allí a Elisabeth fue materializándose a partir de fragmentos incompletos y mal comunicados, dirigidos siempre a resolver problemas del presente, y que a la postre resultaban difíciles de encajar en una narrativa clara y uniforme (Biehl y Locke, 2017). Referencias a sus orígenes e infancia, a cómo abandonó el país, y las figuras que dejó atrás en su particular huida. Algo que permitiría leer su vida en clave de violencia, expulsión y abandono.

En primer lugar, se pudo saber acerca de sus orígenes con ocasión de unos episodios de terror nocturno que rememorar aquellos tiempos. La aparición del fantasma paterno en la habitación y la necesidad de “hacerlo desaparecer” a través de somníferos abrió la puerta a que hablase de acontecimientos que marcaron su infancia en una infravivienda en una zona deprimida a las afueras de Toronto. Esos años los escribe la vida en la pobreza, la muerte de su madre, la violencia paterna, escolarización intermitente y el encierro doméstico que sufrió. En definitiva, creció en un ambiente de marginalidad marcado por la ausencia o deterioro de las figuras sociales de protección (Paugam, 2018) —familia, propiedad y Estado—, que en lo sucesivo iniciaría un itinerario difícil e imprevisto. Un relato pretérito sirvió, sin embargo, como medio de explicación de algo que había observado la institución. Que Elisabeth rehuía la tutela institucional, y mostraba una manifiesta aversión a las figuras masculinas de autoridad, cosa que en determinados momentos había derivado en situaciones tensas por no querer compartir espacio y quehaceres con ellos. Esto alimentó la decisión por parte de la directiva de ajustar los turnos y organización laboral de modo que fuesen mujeres las que se hiciesen cargo de sus asuntos, un mal menor en una institución donde la mayoría de las trabajadoras son mujeres.

El segundo trazo tuvo lugar con relación a una disputa permanente en la institución, que remite a la posibilidad de que los residentes convivan con animales de compañía. Algo que no está bien visto por los responsables políticos del centro, pero sobre lo que la directiva y trabajadoras suelen hacer la vista gorda. En el sector de las habitaciones, al amparo de la distancia y la discreción propia de las zonas de intimidad, Elisabeth compartía habitación con un alborotado periquito. Apareció con él sin pedir permiso, pasando pies puntillas por recepción y zonas comunes. Y aunque se trataba de un secreto difícil de ocultar, no fue interpelada por ello. Para entablar algo de confianza, a las pocas semanas de estar allí la encontré en la sala de

la primera planta donde tomaba el café y le pregunté cómo se llamaba y de dónde había salido. El periquito se llamaba Mark, lo sacó de la protectora donde lo llevaron cuando lo encontraron revoloteando perdido por la calle. Como no tenía anilla ni nadie fue a reclamarlo, tras un tiempo prudencial lo cogió en adopción y lo llevó consigo. Me dijo con cierta ironía que ahora, en la vejez, hacía con el periquito el camino inverso al que hizo con su hijo unos 52 años atrás. Hasta donde sabía, Elisabeth no tenía filiación, y así lo registró la residencia. Ingresó sin contactos de referencia, no recibía visitas ni tampoco realizaba llamadas telefónicas a amigos o familiares. Sin embargo, la analogía entre un pájaro abandonado y un hijo dio pie a que contase acerca de su embarazo adolescente, justo antes de marcharse. Lo mantuvo en secreto hasta que se volvió evidente. Fue entonces cuando su padre la echó de casa, y tuvo que dar a luz en un centro asistencial. Ahí se separó de su hijo⁵. Para la institución, no existía otra posibilidad que presuponer que no había forma de dar con él, ni siquiera confirmar que siguiese vivo. En su lugar, quedó el afecto volcado sobre un periquito abandonado.

El tercer trazo tuvo lugar con relación a una revista de moda. Fue un día que la encontré sentada en una silla de la biblioteca, tomando un café, y con la revista Vogue entre las manos. La alejaba y acercaba para calibrar la mirada sobre borrosas imágenes de jóvenes modelos. Una vez había repasado los conjuntos, retenía en la memoria las prendas que le gustaban, y, cuando bajaba con la furgoneta al pueblo, trataba de hacerse con ellas u otras similares. En esto dilapidaba el pequeño excedente de su asignación y una escasa pensión que recibía de Londres. En ese momento, me contó que su gusto por la moda no era accidental. Ella también había sido modelo, me dijo. A ello se dedicó un tiempo después de que su padre la echase de casa. Un ojeador la reclutó en una ciudad en su país, no me dijo cuál, donde sobrevivía haciendo trabajos de limpieza y horillas en comercios de servicio.

Así sucedió su particular migración, a través de los tráfico que propiciaba una industria tal como fue, en su caso, la extinta revista *PlayBoy*. Fue una de las llamadas conejitas (*PlayBoy Bunny*). Consiguió un recorte de sus modelaje que conserva junto a sus enseres en la habitación. A través de esa vía abandonó el país, primero a Estados Unidos y luego a Europa. De lo que no quedó muestra fue del circuito de prostitución que, contaba Elisabeth, en paralelo a la cara visible del negocio, empujaba a mujeres

⁵ Bajo el título "Abandono y adopción. De mentiras y restituciones", Iosune Fernández-Centeno (2024) analiza la relación entre el abandono y la adopción poniendo el énfasis en las condiciones materiales y sociales que históricamente han habilitado los procesos de adopción bajo la clave moral de la existencia de niños y niñas abandonadas por los padres, especialmente la madre. El abandono como justificación del hecho adoptivo ocultaría el abandono de determinados Estados para con sus ciudadanos y sus hijos, también ciudadanos, expuestos a situaciones de marginalidad que fuerzan la búsqueda de protección de las criaturas a través de la asistencia social.

jóvenes y sin familia ni redes de protección a participar de ello a cambio de drogas, visibilidad y medios o algo de dinero. Así subsistió parte de su juventud, hasta que perdieron el interés por ella y se convirtió en una de las muñecas rotas que deja esta industria a su paso. Expulsada del circuito, sin apenas ahorros, casa a la que volver o amistades de fuera del mundillo, tuvo que arreglárselas de nuevo aceptando trabajos temporales y mal remunerados. Entonces conoció a su marido, con quien iniciaría un negocio turístico con cierto éxito durante unos años, hasta alcanzar la jubilación y comprar el chalet en el que vivía. A los pocos años, aquel hombre murió por causas en las que no incidió. Fue entonces cuando quedó sola hasta que el chalet ardiera en el incendio.

A partir de estos fragmentos, la vida de Elisabeth aparecía tejida a partir de experiencias de marginalidad, abandono y explotación. Tres materiales muy presentes en su cotidianidad, y que sirvieron para construir un relato que ayudó a explicar la concepción que tenía sobre sí misma, lo que le rodea, y su vida en la residencia. Le pregunté cómo se veía allí después de todo el recorrido. Me contestó que después de todo lo padecido, aquel lugar se había convertido en algo así como un refugio donde recuperarse y empezar a organizar su propia vida, algo llamativo tratándose de una institución compartida con otros noventa residentes, poca intimidad, horarios fijos, impedimentos burocráticos, y vigilancia casi permanente. Dijo que peor había estado antes y que por eso apreciaba lo que tenía.

LA MAMI

Aunque no tuvo hijos, a Candela la llamaban la Mami, porque antes de asimilar el nombre de sus nuevos compañeros los llamaba “mami” o “papi” para interpelarlos. Era la costumbre en su tierra. En realidad se llamaba Candela. Era una mujer de 72 años, amable y atenta. Antes de ingresar, vivía sola en un piso de alquiler en el centro de la localidad, donde se había afincado al poco tiempo de llegar. Procedía de un pueblito colombiano cerca de Bogotá que apenas recuerda, de donde partió su familia hacia Venezuela. Allí pasó parte de su infancia, en una casita donde vivía con sus padres y cinco hermanos. Ella era la pequeña. Al entrar en edad escolar, fue internada en un colegio de monjas donde recibió formación básica, desde donde optó a un curso avanzado de contabilidad con el que logró especializarse. Cuenta que cuando quiso regresar a casa, ya no había un sitio al que volver. Tras fallecer los padres, todos sus hermanos migraron a Estados Unidos u otros países de América Latina, de modo que Candela decidió seguir un camino propio. Se fue de Venezuela a Londres apoyada por una beca de estudios que consiguió de la fundación religiosa

para la que trabajaba, con el objetivo de aprender inglés. Tras una estancia de un año y agotada la beca, en vez de regresar, gastó sus últimos ahorros en el billete que la trajo a España. Desde entonces, su vida estuvo ligada al trabajo. Se encargaba de la administración y contabilidad de un colegio religioso. Un único oficio que duró 30 años, después de algunos garbeos antes de encontrarlo. Vísperas de su jubilación, apenas había generado arraigo fuera del entorno laboral, por lo que su expulsión del mundo del trabajo la alejó de los espacios donde se había realizado como individuo (Le Breton, 2019). Y a diferencia de la mayoría de los ciudadanos, la promesa de protección que ofrece el trabajo frente a las contingencias de la vida se esfumó también con su jubilación. Los salarios percibidos “en negro” apenas contribuyeron a las cotizaciones sociales, por lo que a los 65 años quedó expuesta a sus ahorros y a la pensión de gracia y mínima, la llamada “no contributiva”, sin que entrase otra fuente de ingresos en la casa.

Hasta entonces la trayectoria de la Mami había transcurrido por cauces ordinarios. Su proceso migratorio aunque duro por el alejamiento y los contrastes culturales, no le había generado grandes problemas. Se adaptó rápido a los ritmos del lugar de llegada, y encontró un trabajo acorde a su formación. Sin embargo, llegado a este punto, la precarización de aquellos elementos que aportaban seguridad a su vida -salario, vivienda y manutención- dejaron a la todavía joven anciana expuesta y en situación de vulnerabilidad social. De su caso supieron los Servicios Sociales por una antigua compañera, que la acompañó a la cita de la que, como resultado, se tramitó un procedimiento de urgencia por razón de exclusión social. Así llegó la Mami a la residencia.

DESPOSESIÓN. LA VIDA EXPUESTA A APARATO DE ASISTENCIA SOCIAL

Tal y como apuntaron algunos autores a finales de siglo XX (Esping-Andersen, 1993), en el contexto social de un Estado de Bienestar del sur de Europa la familia constituye todavía una institución material y simbólicamente bien instituida, hasta el punto de que el Estado piensa el ejercicio de sus obligaciones con los ciudadanos a partir de esta. No solo contando con ella de forma directa a través de políticas familiares que revierten en legislaciones y prestaciones ad hoc, sino considerando también aquellas inercias sociales y culturales que hacen de la familia una institución relevante en la provisión de bienestar cuando el individuo no es capaz de proveerse por su cuenta (Lluís Flaquer, 2004).

Hasta entonces, el trabajo como fuente de protección y reconocimiento había dotado a Candela de las herramientas necesarias para organizar un proyecto de vida

más o menos viable (Leblanc, 2007). Pero la jubilación y su consiguiente ingreso iniciaron un derrotero complejo que coincidió con otros dos acontecimientos que ahondaron su aislamiento.

El primero fue la muerte del último de sus hermanos, que residía en Estados Unidos y con quien, junto con el resto, había mantenido una prolífica relación postal sostenida con los años. El disperso proceso migratorio que había deteriorado los lazos familiares dio pie a la formación de otro tipo de vinculación que hizo de la carta el centro de un intercambio fragmentario, dando cuenta de la igualmente fragmentaria relación que se había instituido (Angela García, 2020). Tras unos meses de espera, la ausencia de respuestas le hizo sospechar que algo había sucedido. La posibilidad de que las cartas no hubiesen llegado a su destinatario, tal vez que las respuestas se hubiesen perdido de vuelta a la residencia, le hizo acumular durante un tiempo envíos indicando la dirección de su nuevo domicilio. Finalmente, un allegado devolvió una respuesta comunicando la mala nueva. La Mami contestó agradecida por las molestias y dejó atrás su costumbre, y con ella, su último vínculo fuera de la institución.

El segundo acontecimiento derivó de un diagnóstico inesperado, resultado de las primeras observaciones por parte de la psicóloga. Aunque su ingreso tuvo lugar como respuesta a una pensión insuficiente y el riesgo de pobreza, al pasar por los filtros clínicos que imponen estos espacios se advirtieron algunos signos tempranos⁶ de demencia que se asociaron a la enfermedad de Alzheimer. En el imaginario colectivo, este tipo de indicadores suele expresarse en forma de pequeños errores y accidentes embarazosos que exceden, en frecuencia y gravedad, lo que la familia entiende como habitual para esas personas. Por ejemplo, el olvido de visitas de amigos que han ocurrido ese mismo día, tal vez considerando que se produjeron un día anterior. No saber si se ha desayunado, o hacerlo dos veces. Dar por recién acaecidos sucesos distanciados en el tiempo. O confundir elementos similares, como la sal y el azúcar, o camisetas y jerséis.

Candela había elaborado una rutina fija y muy entregada que alejaba los fantasmas de la enfermedad. Reconocía a sus compañeros, recordaba con cierta soltura su propia vida y se ajustaba a los ritmos de la institución⁷. Pero en las conversaciones

⁶ La *Alzheimer's Association* (2023) define desde parámetros descriptivos el grado leve de la enfermedad que nos ocupa hablando de un estado que se caracteriza por extraviar objetos de valor, la aparición de episodios de pérdida de memoria, el olvido de palabras concurridas, y la incapacidad de retener nueva información.

⁷ Respecto a la persona enferma, al mismo tiempo que va tomando consciencia de estos despistes, también desarrolla estrategias de compensación con las que busca ocultar sus quebraderos y actuar con normalidad (Gajardo, Alvarado y Slachevsky, 2021). Apoyándose en determinadas reservas, como no frecuentar lugares con muchos estímulos, o limitando el número de contactos sociales, el enfermo consigue administrar los síntomas y evitar que se evidencie una situación que, aunque se puede intuir, se ve minimizada. De este modo, aunque

con ella, la conciencia sobre los lazos rotos, primero por la migración y luego por el fallecimiento de sus hermanos comenzó a dar asomos de confusión al principio tenues, y luego algo más alarmantes cuando el olvido de sus pérdidas comenzó a ser recurrente.

En una ocasión, la encontré barriendo el suelo de la planta baja. Era verano, y llevaba puestas unas sandalias de goma que tenía la superficie donde van los dedos recortada, haciendo que sus dedos quedaran volando. Le pregunté por qué las llevaba así, y me contó que era un remedio para un juanete que tenía en los pies. Llevaba días rozándole y le había causado una laceración, pero no había dicho nada porque sabía que en casa no había dinero para zapatos nuevos. Por suerte, a su madre “que es muy lista y siempre se le ocurren soluciones” había recortado las sandalias y así se le había aliviado el dolor que le producía el roce. Debía estar haciendo recados, porque la había perdido de vista. Lo cierto es que fue una pequeña astucia de una auxiliar de enfermería que sí, tratando de evitar el roce del juanete, había recortado la sandalia hasta que pudiesen conseguir unas nuevas. Este tipo de regresiones del relato se difuminaban por momentos. Del mismo modo que cohabitaba con los fantasmas de su pasado, retomaba una conciencia nítida sobre el fallecimiento de quienes fueron sus allegados, enlazando conversaciones sobre la soledad que la envuelve, que nadie la visita y que apenas sale “de entre estas cuatro paredes”. Amargas súplicas que, al poco tiempo, encontraban consuelo feliz con la visita de algún hermano.

La vida de Candela parecía instalada en una suerte de heterocronía derivada de la enfermedad cuyo desarrollo, invadido por el signo de lo crónico, no se podía prever (Cazdyn, 2012). Y por el momento, su presente se contaba rasgado por la angustia y el desasosiego que la muerte de sus allegados le producía, al tiempo que encontraba soportes sociales y narrativos que lo volvían “habitable” proyectando su vida en los momentos anteriores a su migración. Sin embargo, la institución debía pensar su situación en otra clave. El avance de la enfermedad obligaba a fijar determinadas medidas que hoy día toman el nombre de curatela —lo que antes de la reforma de 2021 se conocía como incapacitación judicial⁸. Pero en su caso, la ausencia de filiación se convirtió en un problema de gestión por el hecho de no poder nombrar

va perdiéndose el hilo de la cotidianidad, se fijan pautas que permiten representar una vida normal de puertas para afuera.

⁸ El procedimiento de incapacitación judicial, medida que se aplicaba sobre las personas discapacitadas que no pueden gobernarse a sí mismas negando su capacidad de obrar fue sustituida por un proceso de medidas de apoyo con la Ley 8/2021, de 2 de junio, por la que se reforma la legislación civil y procesal para el apoyo a las personas con discapacidad en el ejercicio de su capacidad jurídica. En situaciones extremas, como las derivadas de los efectos de enfermedades neurodegenerativas, la actuación de la persona en las gestiones más básicas (comprar, acceder al dinero que tiene depositado en el banco, salir de la institución...) dependen de la aprobación y supervisión de una figura ajena que suele ser un familiar.

un familiar que se encargase de administrar sus asuntos. Eso supuso iniciar un procedimiento para nombrar, en su lugar, a un funcionario público o a una fundación. Mientras, estuvo varios meses sin poder acceder a su pensión.

A la vista de las circunstancias, en la práctica para Candela el ingreso coincidió con trayectoria de declive personal que se manifestó en la imposibilidad de atender los aspectos de su vida cotidiana por su cuenta, como había hecho hasta entonces. Por la inexistencia de algún vínculo social que pudiera hacerlo por ella. Y por la progresiva aparición de una enfermedad que trastocaba su memoria. Desde su punto de vista, el ingreso en la institución había supuesto que se le privara incluso de aquello que “antes hacía todos los días sin ayuda de nadie”. Una forma de negación que en realidad buscaba protegerla

Al calor de estas cuestiones, cuando le pregunté sobre cómo concebía la residencia y su vida allí, dijo sentirse agradecida porque sin esa posibilidad sin duda hubiese quedado en la calle. Sin embargo, su vida, en pasado, ya había sido demasiado larga. Sin nada que hacer “solo me queda subir allí arriba [al cielo]”. Pues “Tú tienes familia y amigos que te consienten y te quieren. Yo no tengo nada de eso, estoy sola, ya nada me espera”. En un punto ambiguo entre la protección y la evidencia de un proceso desposesión cuyo único alivio era, por momentos, resucitar los lazos que había dejado atrás en su viaje.

Candela era el último testimonio de su propia vida, un testimonio cuya memoria se estaba desvaneciendo.

CIERRE

Estas historias muestran cómo el tránsito acaecido tiempo atrás se inscribe en la vida de las personas incluso después de ingresar en centros asistenciales como son las residencias de ancianos y ancianas. Pero lo hace de forma distinta si el recorrido biográfico remite a un itinerario marcado por el sufrimiento, el abandono y la violencia, o si en realidad los cauces se habían sostenido en términos ordinarios hasta sobrevenir la vejez y quedar sin amparo. La traumática visibilización del caso de Elisabeth a partir de la experiencia de un incendio y el paso por hospedajes tutelados se tradujo en un ingreso sin registros, evitando caer en la categoría de exclusión social severa. Una situación poco común y que dificultó recoger una experiencia vital compleja (Biehl, 2017; Garcia, 2020), que se fue hilando a partir de determinados momentos en los que acudir a la biografía le permitía resolver determinados problemas de su cotidianidad allí. El recuerdo de una vida atravesada por procesos dolorosos y difíciles hizo que la institución supusiese para Elisabeth una suerte de

refugio del que resguardarse de la precariedad que la amenazaba (Butler, 2017), y una oportunidad para reconstruir de otros modos los afectos perdidos atrás en el tiempo. Por el contrario, la vida de Candela había transitado por raíles ordinarios y bajo la aparente seguridad del trabajo. La situación de vulnerabilidad económica sobrevenida por su jubilación sin contar con una pensión suficiente, la lanzó a los brazos del auxilio del aparato asistencial, de modo que cuya vida, repentinamente, se vio envuelta por los avatares propios de la cotidianidad institucional, y por dos acontecimientos biográficos que profundizaron en su aislamiento; el fallecimiento de su último pariente conocido, y la aparición de los primeros signos de una enfermedad neurodegenerativa. Para Candela, la institucionalización se habría convertido en una confirmación de un desarraigo que tomó tintes prácticos con la imposibilidad de contar con nadie que se ocupe de ella y de sus gestiones a medida que avanzaba su enfermedad.

En ambos casos, además una situación estática que define individuos y comunidades apartadas de los marcos de integración de una sociedad, la exclusión social (Castel, 1997; Wacquant, 2007) —y su definición vertical por parte del Estado a través de los Servicios Sociales— actúa como un mecanismo que permite intervenir procesos de precarización de la vida, aunque con efectos no siempre conciliables. Lo que para una residente constituyó una especie de refugio donde retirarse a vivir sus últimos años, para la otra se convirtió en un apartadero indeseable que acabó por separarla de los resquicios de su propio mundo social. Una forma de lo que Lauren Berlant (2011) llama *optimismo cruel*, situaciones que reflejan cómo en los marcos sociales contemporáneos, las oportunidades de subsistencia pueden propiciar, al mismo tiempo, la aparición de nuevas formas de sufrimiento social.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBATI, Hugo (2020). *Paisajes desde el asilo*. Málaga: EDA Libros.
- ALZHEIMER ASSOCIATION (2023). *Etapas*. <https://www.alz.org/es-mx/alzheimer-demencia/etapas>
- BERLANT, Lauren (2011). *Cruel optimism*. Durham. Duke University Press.
- BIEHL, Joao (2005). "Technologies of invisibility". En Jonathan Xavier Inda, *Anthropologies of Modernity. Foucault, Governmentality and Life Politics*. Hoboken: Blackwell Publishing.
- BIEHL, Joao y LOCKE, Peter (2017). *Unfinished. The anthropology of Becoming*. Duhram: Duke University Press.
- BOURDIEU, Pierre (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- BUTLER, Judith (2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Barcelona: Editorial Paidós.
- CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- CAZDYN, Eric (2012). *The already dead. The new time of politics, culture and illness*. London: Duke University Press.
- ESPING-ANDERSEN, Gösta (1993). *Los tres mundos del Estado del Bienestar*. València: Alfons el Magnànim.
- FASSIN, Didier (2003). "Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y migrantes en Francia". *Cuadernos de Antropología Social*, 17, 49-78.
- FERNÁNDEZ-CENTENO, Iosune (2024). "Abandono y adopción. De mentiras y restituciones". En Gabriel Gatti e Iñaki Rubio-Mengual, *Contar el abandono. Paisajes de un mundo en ruinas*, 215-232. Manresa: Bellaterra Edicions.
- FLAQUER, Lluís (2004). "La articulación entre familia y el Estado de bienestar en los países de Europa del sur". *Papers*, 73, 27-58.
- GAJARDO, Jean; ALVARADO, Rubén, & SLACHEVSKY, Andrea (2021) "Experiencias luego del diagnóstico de demencia: aportes desde la perspectiva de los pacientes". *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 59, 3, 185-196.
- GARCIA, Angela (2020). "Fragments of Relatedness: Writing, Archiving, and the Vicissitudes of Kinship". *Ethnos. Journal of Anthropology* 85, 4, 717-729.
- LE BRETON, David (2019). *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea*. Madrid: Ediciones Siruela.
- LEBLANC, Guillaume (2007). *Vies ordinaires, vies précaires*. París: Seuil.

- MOSCOSO, Melania y AUSÍN, Txetxu. (2021). *Soledades. Una cartografía para nuestro tiempo*. Madrid: Plaza y Valdés Editores.
- PAUGAM, Serge (2018). *Le lien social*. Paris: Presses Universitaires de France.
- POVINELLI, Elisabeth (2011). *Economies of Abandonment. Social Belonging and Endurance in Late Liberalism*. London: Duke University Press.
- PUJADAS, Joan Josep (2002). *El método biográfico: El uso de historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- VICEPRESIDENCIA SEGUNDA Y CONSELLERIA DE SERVICIOS SOCIALES (2023). *Plazas sociales de residencia y centro de día para personas mayores no dependientes*. <https://inclusio.gva.es/es/web/mayores/plazas-sociales-de-residencia-y-centro-de-dia-para-personas-mayores-no-dependientes>
- WACQUANT, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad. gueto, periferias y estado*. Madrid: Siglo XXI Editores.